

EL CARTERO DEL ARA

Aquella noche otoñal, Lorién posó su mirada en el cielo, limpio y estrellado, un cielo espectador, testigo de sus innumerables vivencias y andanzas. Un frío viento gabacho le azotaba la cara, haciendo remover su memoria y plasmando recuerdos lejanos, nunca olvidados.

Lorién conocía su pueblo como la palma de su mano. Cada calle, camino, acequia, vecino y sonido habían sido sus compañeros de vida durante ochenta años. Una mañana de un diez de agosto, con el canto de un gallo, sus padres lo vieron nacer, en la misma casa que dos años más tarde lo haría su querida hermana Izarbe.

El viento parecía ser el protagonista de ese momento, levantó a Lorién su gorra de lana y la desplazó unos metros más adelante hasta pararse a orillas del río. Él la persiguió corriendo con cierta inestabilidad y decidió pisarla para no perderla. Como aquella vez, cuando era un chico de ocho años, que pisó el vestido de su hermana y tanto ella, como los dos pozales de caracoles que llevaba, salieron despedidos al agua. Menos mal que era verano y que su madre había insistido al hijo del alcalde que les enseñara a nadar.

Lorién estaba pensativo, pasó su mano casi a ciegas por encima de un matorral de tomillo salvaje y la olió intensamente. Los aromas de entonces se confundían con los de ahora. El muchacho tenía un desarrollado sentido del olfato desde muy corta edad. Recordaba cuando al despertarse cada mañana en su casa natal, se estiraba dentro de las sábanas con un embriagador olor a lavanda, y esperaba percibir pronto el aroma del rico café casero de su padre. Abrir la ventana, y si había llovido, un olor a tierra mojada le invadía todo el cuerpo, llenándole de vitalidad y sosiego a la misma vez. También evocaba cuando Izarbe y él jugaban entre la ropa tendida por su abuela en la cochera de la casa, ese olor a limpio, a jabón tan característico del lavadero del pueblo. Todo eran olores familiares que le transportaban tiempo atrás.

Y no todo eran sensaciones olfativas, Lorién había crecido convencido de que su madre era la mejor cocinera del Pirineo. Sus migas a la pastora eran conocidas fuera de su pueblo, esa forma de cocinar el pan duro, el ajo, el chorizo y las cebollas hubiesen sido valedoras de cualquier estrella michelín, al igual que su sopa de ajo o sus borrajitas con setas. ¡Cuánto daría por probar una cucharada de esas delicias culinarias de su madre!, que cada San Lorenzo preparaba con mimo y esmero en unas enormes cazuelas de barro, que el alfarero le había prestado. Ese día todos se vestían con las mejores galas, ayudaban a preparar el fuego en la plaza Mayor y disponían una larga mesa para todos los vecinos del pueblo, y así compartir alimentos, botas de vino y tiempo. Lorién disfrutaba como nadie de esa fiesta, se sentía orgulloso de haber nacido el día del santo

patrón y reía y bailaba con la orquesta del pueblo hasta que se cuerpo decía basta. Era entonces cuando los más atrevidos bajaban al río Ara y semidesnudos se refrescaban en sus aguas.

El muchacho por tradición, heredó el trabajo de su padre, cartero rural, pero al igual que se antecesor, no fue cualquier cartero, si no, un amigo entre los vecinos, un confidente, un conductor improvisado, un veterinario de urgencias, ... Lorién lo había hecho todo.

Un día, entrando en la panadería donde su hermana trabajaba desde adolescente, se encontró a la dueña con un dedo cortado y con el trozo de dedo perdido en la otra mano. El espectáculo era dantesco, sangre por la mesa, por el horno y por los panes. Su hermana estaba muy asustada y la panadera perdiendo sangre a raudales. Lorién reaccionó rápido, le hizo un torniquete con una cinta del saco de la harina, metió el dedo cortado en un botijo y lo llenó con agua muy fría. El hospital más cercano estaba a una hora de distancia, había que darse prisa. La panadera no pudo recuperar su dedo, pero sí continuar amasando pan cada mañana. Todos los vecinos recuerdan esta anécdota, sus cartas ese día llegaron algo más tarde y manchadas de sangre.

Lorién esbozó una sonrisa, seguía recordando. Uno de los momentos más entrañables de su vida fue cuando le dio cierta carta repleta de sellos a la alcaldesa. Su hijo, emigrado a Argentina un año antes, por fin había dado señales de vida, y le escribía contándole cómo se había hecho maestro en una escuela e incluso les mandaba alguna fotografía. Aquel chico que hizo de profesor de natación para su hermana y para él en el Ara, había logrado su meta y su madre podía sentirse en paz.

Él siempre percibió que su trabajo era muy importante. Su vecina Tomasa nunca hubiese esperado a su amor platónico si él no hubiera podido entregarle esa carta de amor. Aún recuerda ese día helador, un manto blanco cubría todo el pueblo y la carretera de acceso tenía unos treinta centímetros de nieve de espesor. La bicicleta con la que recorría la localidad no podía avanzar, así que decidió hacer los últimos catorce kilómetros que distaban de su pueblo, a pie. Si su padre lo había conseguido a diario décadas antes, él también lo haría. A Tomasa le tembló la mano cuando observó el remitente de su carta y dos años más tarde, se casaba en la ermita del pueblo con el amor de su vida.

Tampoco olvidará nunca cuando conoció a Timy, un perro valiente y osado que le acompañaba a lo largo de sus aventuras diarias. No importaba el tiempo que hiciera, que el asfalto se estuviese derritiendo en verano o que sus patas se quedaran congeladas en los gélidos inviernos. Era un perro fiel, leal, que le esperaba siempre a la salida del pueblo y que cuando algún lobo se acercaba demasiado al cartero, sabía sacar sus colmillos afilados y repeler el ataque. Los dos, hombre y animal, esperaban ansiosos que la jornada laboral finalizase, para tumbarse juntos debajo de la higuera que más sombra daba y mejores vistas tenía del pueblo. Entonces, era cuando Lorién se relajaba y cepillaba con cariño el pelo del mastín del Pirineo.

Pero no todo eran buenos recuerdos, a veces el peligro también acechaba. En una ocasión Lorién estuvo a punto de morir. Unos ladrones le asaltaron en uno de los caminos cuando transportaba unas escrituras en su humilde cartera. A día de hoy, aún cree que algún abogado del diablo les dio el chivatazo, y ellos, gente sin escrúpulos, se limitaron a seguir órdenes, a acuchillarle el cuello y dejarlo tirado y escondido entre matorrales. Ese día, salvó la vida de milagro, su hermana que volvía de comprar de la harinera, lo vio por casualidad y lo auxilió. ¡Santa Izarbe la llamaban desde entonces!

Lorién continuaba mirando al cielo, observando cómo estrellas fugaces dejaban su huella momentáneamente. Se sentía cansado y decidió regresar a su casa. Se colocó su gorra tapándose las orejas y volvió reflexivo tras sus pasos. El tiempo nunca paraba, pensaba que con los avances y los actuales medios de transporte se había ganado minutos al reloj, pero también creía se había perdido ilusión y sentimiento. Las cartas, las letras y aquellos carteros transportaban mucho más que palabras en su mundo rural. El aparato ese que usaba su nieto pequeño entre sus manos le hacía listo y rápido, pero también le hacía frío y distante.

Lorién estaba firmemente convencido de algo, y con esta idea se metió aquella noche dentro de su cama, oliendo a lavanda. Su pequeño nieto Lorién, apareció entre la penumbra de su habitación, se acercó y le susurró al oído:

- Abuelo, ¿podremos ir mañana a ver cómo pastan los terneros debajo de la higuera?

Él, con una sonrisa, le contestó al pequeño:

- Mientras sigamos teniendo un pueblo, y un buzón, el mundo no estará perdido.